

Slavenka Drakulić
Mileva Einstein,
teoría de la tristeza

Traducción del croata de Marc Casals



Galaxia Gutenberg

SLAVENKA DRAKULIĆ

Mileva Einstein, teoría de la tristeza

Traducción de Marc Casals

Galaxia Gutenberg



La edición de este libro ha recibido una ayuda del
Ministry of Culture and Media of the Republic of Croatia

Título de la edición original: *Mileva Einstein, teorija tuge*
Traducción del croata: Marc Casals Iglesias

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo de 2024

© Slavenka Drakulić y Fraktura, 2016
Reservados todos los derechos por Fraktura, Croacia
© de la traducción: Marc Casals, 2024
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2024

Preimpresión: Gama, SL
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona
Depósito legal: B 60-2024
ISBN: 978-84-19738-56-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

En la cocina

1914

Mileva está sentada junto a la mesa de la cocina. Es verano. De madrugada. El frescor de la noche entra aún por la ventana abierta.

Con la palma, alisa unas hojas de papel escritas a mano. Sabe que son de Albert, pero las relee y examina la firma, como si no le creyese capaz de escribir algo así. Pero, aunque le cueste creerlo, conoce demasiado bien la letra inclinada de su esposo, con volutas en los extremos de la «L» y la «N». Su escritura es tan retorcida que incluso a un falsificador profesional le costaría imitarla. Aunque en la firma sólo hubiese una «A», sabría que es de Albert. Tantas veces ha recibido cartas tuyas, tantas veces le ha visto firmar con esos adornos. Al observar la carta cuando le llegó ayer no le dio la impresión de que, en ningún momento, Albert se hubiese detenido por un instante y cambiado de idea. Al contrario, la letra es constante, trazada con mano firme. Mileva incluso había reconocido la tinta azul que utiliza. Se la compró ella misma en Zúrich, en la papelería donde suele comprar hojas de papel y cuadernos escolares para Hans Albert.

Mileva lee la carta que ayer le trajo su compañero Fritz Haber. Como un auténtico cobarde, Albert no se atrevió ni siquiera a entregársela en persona.

Berlín, 18 de julio de 1914*

Condiciones:

A. *Te vas a ocupar:*

1. *De que mis trajes, ropa interior y sábanas estén limpios.*
2. *De que reciba tres comidas diarias en mi habitación.*
3. *De que mi dormitorio y estudio estén limpios y, especialmente, de que mi escritorio lo utilice sólo yo.*

B. *Te abstendrás de cualquier relación conmigo, salvo que sea necesario por motivos sociales. En especial, renunciarás a:*

1. *Que yo pase tiempo contigo en casa.*
2. *Los viajes juntos.*

C. *Al tratar conmigo, cumplirás estas reglas:*

1. *No esperarás de mí ninguna intimidad ni me lo reprocharás de ninguna forma.*
2. *Si lo exijo, dejarás de dirigirte a mí.*
3. *Si lo exijo, saldrás de mi dormitorio o estudio enseñuida y sin protestar.*
4. *No me harás de menos frente a nuestros hijos, sea con tus palabras o tu comportamiento.*

«Sólo es la confirmación por escrito de la situación en la que me encuentro», piensa Mileva. «Si no acepto estas humillaciones, se acabó la vida en común».

Deja el papel sobre la mesa y se acerca a la ventana. Apoyada en el marco de madera, toca el muro con los dedos como si se aferrase a él. Siente una gran necesidad de tocar algo firme y duradero. Como si buscase la confirmación de que está aquí, de que está viva. Es consciente de que tiene mal aspecto, con el pelo deshecho y en camisón. Pero en la cocina aún no hay nadie que pueda ver sus movimientos titubeantes y el parpadeo acelerado con el que intenta retener las lágrimas. «No puedo llorar más», se dice. «Tengo que calmarme y decidir qué voy a hacer».

* Todas las citas de cartas marcadas con un asterisco son reales. [N. de la A.]

Aspira hondo el frescor de la mañana. La ventana de la cocina da al patio. «Gris Berlín». Así es como llama al color oscuro de los patios, las fachadas y las calles. En esta ciudad le faltan las vistas a las montañas y la vegetación a las que estaba acostumbrada en Zúrich. Le falta la luz. Le falta el aire. El olor de la cena de anoche –salchichas al horno y ensalada de patatas– todavía ronda por la cocina. En los fogones hay una sartén grasienta y platos de porcelana con las sobras. El pan que está sobre la mesa se ha resecado. Aún están por llegar la sirvienta Fritza y Clara Haber, la amiga en cuya casa se instaló hace diez días con los niños. Anoche podría haber recogido las sobras de la cena, pero no logró reunir las fuerzas para hacerlo. Las Condiciones de Albert la habían roto y se sentía aturdida, como si acabase de recibir un fuerte golpe en la cabeza. «Seguro que los boxeadores se sienten así tras el combate», piensa.

Al leer su «carta» anoche, quedó conmocionada. En el primer momento le dio un ataque de risa. Las Condiciones de Albert le recordaron a los carteles de advertencia que cuelgan en las pastelerías de pueblo: «¡Prohibido peinarse!», «¡No escupas en el suelo!». Probablemente no sirvan de nada, porque sus destinatarios –los clientes tentados de sacar el peine frente al espejo de la pared o de soltar un escupitajo– en general no saben leer. Lo comprueba cada verano en una pastelería de Kać, el pueblo donde su familia tiene una granja, cuando ve a algún chico joven repeinándose frente al espejo junto al cartel.

También se acordó de que tanto a ella como a su mejor amiga, Desanka, el cartel que más les hacía reír era el que colgaba en el baño de su escuela. Decía: «Lávate las manos antes de comer y después de expeler». Les parecía graciosa la rima «comer-expeler». Cuando una de ellas tenía que ir a «ese lugar», como se le llamaba en la época, bastaba con que le dijese a la otra: «comer-expeler».

«Estas Condiciones de Albert parecen un aviso de “comer-expeler”», pensó. «Querida Mileva, sólo tienes que lavarte bien las manos. No escupas en el suelo, no te peines en la pas-

telería, tápate la boca al toser, no eructes en público, cruza las piernas al sentarte, mantente callada si no se te dirigen, cómprate con recato como una buena chica y todo irá bien», se dijo. Primero le entró una risa histérica y luego la asaltó la incredulidad ante la sola idea de que Albert pudiese haber escrito todo eso en serio. ¡Se atrevía a dictarle condiciones para vivir juntos! ¡A ella, a Mileva, con quien lleva veinte años casado y ha tenido dos hijos! Hans Albert tiene diez años y pronto Eduard cumplirá cuatro.

Hizo una bola con los papeles y la tiró al suelo.

La risa la ayudó apenas un momento, para aliviarse un poco. Mileva no podía aceptar de buenas a primeras que esas condiciones fuesen reales. Sólo lo comprendió cuando su cuerpo le dijo que así era. Sólo cuando sintió un vacío en el pecho; cuando se quedó sin respiración; cuando su corazón empezó a saltar como un gato enfurecido que pega arañazos, buscando salirse del tórax; cuando sintió el dolor que conocía tan bien. Sabe que el dolor es su medida de la realidad, su fiel recordatorio. Aparece siempre que, por algún motivo, se niega a aceptar lo que está ocurriendo. Cuando le falta poco para caer en la desesperación más absoluta. «El dolor me advierte. Si me duele, al menos sé que sigo viva», piensa en la cocina, apoyada en la pared.

Atrás queda una noche sin dormir. Sabe que la debilidad que siente en esta mañana de julio es sólo una prolongación del impacto sufrido anoche. La debilidad suele preceder a los dolores de cabeza y las náuseas. El dolor de cabeza es lo que más teme, porque la deja durante días en cama. Ya empieza a notarlo en el occipital, una molestia sostenida que se convierte en punzadas cada vez más repetidas y fuertes. Tras el dolor de cabeza acostumbra a caer en un estado de apatía y parálisis que la horroriza. Porque no está sola, tiene dos hijos. La decisión que debe tomar ahora también les afecta a ellos.

«No puedo hundirme, parar esta migraña de alguna forma. Los niños están a punto de despertarse. ¿Dónde estará ese medicamento nuevo? ¿Dónde lo habré dejado?», se pregunta Mileva mientras rebusca con ansia en su bolso. Saca dos paquetitos con polvos y se los bebe disueltos en un vaso con agua. Luego hace girar el vaso en su mano. Espera que el dolor ceda, que se detenga frente al obstáculo, que caiga en la trampa que le acaba de tender el medicamento. Sólo puede quedarse sentada y esperar a que pase.

Anoche, tras leer varias veces la brusca misiva de Albert, dio las buenas noches a los Haber y le pidió a Hans Albert que la ayudase a llegar hasta la cama. Clara le llevó un té. Ella también había leído las Condiciones, pero no le hicieron gracia en absoluto. Sobre todo desde la noche en que Mileva y los niños aparecieron en el umbral de su casa. «Albert ha alquilado nuestro piso, no tenemos donde quedarnos», fue lo único que le explicó Mileva. Como es lógico, Clara los invitó a quedarse con ella y Fritz. Los niños estaban dormidos, y Mileva pálida y desgredada. Clara vio en su rostro la más completa desesperación. Tras mandar a los niños a la cama, Mileva le contó que se había peleado con Albert porque este había alquilado el piso donde vivían: «¿Cómo ha sido capaz de hacer algo así sin decirme nada? Quiere obligarnos a volver a Zúrich», le aseguró. No le dio más detalles, incluso en esa situación se contuvo. No le contó que le habían llegado rumores de que Albert estaba enamorado de su prima Elsa. Es lo que corría por el Instituto, quizá Fritz lo había oído y se lo había contado a Clara. Mileva no tenía fuerzas para explicarle eso, ni tampoco que ya llevaba un tiempo sospechando de Albert. Clara no la consoló, porque era consciente de que no tenía sentido. Sólo cogió a Mileva de la mano mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas. La mano de Clara tenía un tacto cálido y firme. En ese momento, lo único a lo que Mileva se podía agarrar era el tacto de una mujer a la que apenas conocía.

Así pasaron la noche, dos mujeres solas en la cocina. Entre ellas estaba la mesa con los platos y las sobras de la cena. Y también la tristeza, extendida como un pesado mantel.

Mileva va otra vez hasta la ventana y luego se deja caer sin fuerzas en la silla, como si de la ventana a la mesa hubiese kilómetros. Sabe que es la reacción física al golpe psicológico que le ha dado Albert. No es que antes de eso se sintiese bien en Berlín: había venido porque él lo quiso y ella no tenía alternativa. Después de nueve años en la Oficina de Patentes de Berna y una breve estancia como profesor en la Universidad Politécnica de Zúrich, después de la experiencia con la cátedra en Praga, por fin había conseguido un empleo que le dejaba más tiempo para investigar y escribir trabajos científicos, además de un mejor sueldo: había sido nombrado miembro de la Academia Prusiana de las Ciencias, profesor en la Universidad Humboldt de Berlín y director del recién creado Instituto de Física del Emperador Guillermo. ¿Qué podía argumentarle para que lo rechazase? ¿Que ella y los niños estaban mejor en Zúrich? ¿Que se había acostumbrado a vivir allí y se sentía más segura? ¿Que a los niños les costaría adaptarse al nuevo entorno? Quizá Albert habría aceptado alguno de estos argumentos, pero cuando le contó lo que iba a ganar, Mileva no se atrevió a oponerse. Necesitaban dinero y ella no ingresaba nada. No tenía otra elección que marcharse con él.

Tres meses antes, al trasladarse de Zúrich a Berlín, habían encontrado un apartamento en la calle Ehrenbergstrasse. Mileva no lo acondicionó enseguida. Cuando miraba los baúles sin abrir tenía la sensación de que estaban allí sólo de forma temporal. Todavía siguen en el recibidor, junto a una caja con vajillas y juegos de cama. Dificultaban el paso hacia las habitaciones. Cuando Mileva regañaba a sus hijos por su desorden, el mayor, Hans Albert, solía protestar: «Mamá, aún nos estamos instalando».

Al principio a Mileva esto le sabía mal y se reprochaba sus pocas ganas de disponer el nuevo hogar de la familia. Ahora, tras leer las Condiciones de Albert, piensa que, en realidad, no lo hizo porque tuvo un mal presentimiento. ¿Pero, por qué motivo? No era raro que Albert anduviese poco por casa. ¿Quizá porque estaba arisco y todo le molestaba? Incluso las preguntas del pequeño Eduard, a quien llamaban cariñosamente «Tete», cuando salían los dos a pasear. No hacía tanto que Albert lo sentaba en su regazo y le explicaba paciente cómo se mueven los planetas, o bien le contaba historias. Ahora sólo le reñía. Buscaba una excusa para salir cada noche. Volvía tarde. Luego se trasladó a otro dormitorio.

Tenía cambios de humor repentinos. Por experiencia, Mileva sabía que eso era una señal de que algo lo atormentaba, pero Albert no daba ninguna respuesta a sus preguntas.

Mileva se acordaba de que, dos años antes, tras una visita a Berlín, recibió una felicitación de cumpleaños que la hizo desconfiar. Era de Elsa Löwenthal, la prima de Albert, y, en principio, no había nada sospechoso en ella, salvo que nunca le había escrito. Cuando Mileva se lo hizo notar, Albert no reaccionó con ironía como de costumbre. Estaba enfadado: «¿Y a ti qué te importa? ¿Cómo sabes que no me ha escrito antes?», le dijo a gritos. «Albert, ¿por qué hablas así? ¿Por qué me levantas la voz?». Mileva le cogió de la chaqueta y él la empujó con brusquedad.

«¡Qué estúpida he sido! ¿Por qué pensaba que a nosotros no nos podía ocurrir algo así?».

Después de leer las Condiciones, Mileva le había dicho a Fritz que comunicase a Albert que las aceptaba todas. Se lo había dicho consciente de que la impotencia hablaba por ella. ¿Qué le quedaba, si no? ¿Qué otra opción había? No tenía ni dinero, ni trabajo, ni herencia. Ya antes se había sentido como un boxeador en el cuadrilátero, acostumbrado a recibir golpes.

Era coja de nacimiento, su entorno se había burlado de ella por querer sacarse una carrera siendo mujer; luego vinieron el desprecio y el rechazo de la madre de Albert y la pérdida de su primera hija. Cuando era joven se enfadaba consigo misma por haberse acostumbrado a encajar golpes sin devolverlos. Era el síntoma de su tendencia a rendirse, de su pasividad. ¿Ahora también iba a ceder ante el dolor sin devolver el golpe? Quizá era una cobarde igual que Albert.

Y luego, tras cerrar la puerta del dormitorio y quedarse sola, Mileva sintió cómo toda la pena acumulada se transformaba en ira. «¿Por qué he aceptado esta humillación? ¿Quién se cree que es para tratarme como si fuese su criada? ¿Condiciones? ¿Normas? Lo mejor sería que les prendiese fuego para que jamás las viese nadie y él no quedase en evidencia. A mí no me educaron para ser su esclava. ¡Mi padre no me educó para lavarle la ropa a un hombre y servirle calladita la cena!».

Las pretensiones de Albert habían despertado en ella algo que no sentía desde hacía tiempo: el orgullo. Como si volviese a ser esa muchacha coja que volvía a casa con el vestido sucio de tierra. Al día siguiente se ponía otro vestido limpio e iba de nuevo a la escuela con los mismos niños que se reían de ella y le pegaban. Se sentaba con ellos en clase como si no hubiese sucedido nada, porque no quería mostrarles que la habían herido. Se propuso ser mejor que ellos, la mejor. Recordó lo que le decía su padre: «Tienes que encontrar la forma de demostrar todo lo que vales».

En el instituto masculino de Zagreb, el resto de alumnos hacía como si no la viesen cuando entraba en clase de física, se daban codazos entre ellos y se metían con ella en voz baja. Pero, al terminar el curso, era Mileva quien tenía las mejores notas. En un baile de la escuela esperó en vano a que algún chico la sacase y regresó a casa ahogada en lágrimas. En el baile siguiente tocó el piano y todos la aplaudieron. Al matricularse en la Universidad Politécnica de Zagreb, de nuevo como la única mujer, su bienvenida fueron las mismas miradas que cuando

era una chiquilla coja. Como si, en lugar de una mujer, fuese un monstruo. Era en esas ocasiones cuando, desde el fondo de su rabia, brotaba un orgullo salvador que le hacía olvidar, por un momento, que era distinta y, por eso, también más débil.

«Es lo que va a ocurrir ahora, Albert. Has calculado mal. Esta vez has ido demasiado lejos con tus exigencias. Me has ofendido, has mancillado todos los años que hemos pasado juntos. No mereces que me quede contigo. Te dejo, porque ya no eres el hombre a quien conocía». Eso es lo que iba a decir.

Había pasado la noche tumbada entre los niños que dormían. En una cama que no era la suya, en una habitación que no era la suya, en una ciudad que no era la suya. Antes de amanecer, había decidido irse de Berlín con sus hijos lo más pronto posible, volver a Zúrich. Le consuela que probablemente Albert no quiera quedarse con los pequeños... si eso es un consuelo. ¿Qué va a hacer, si no, con ellos? ¿Enviarlos a un internado? Además, le obligará a prometer que jamás de los jamases se van a quedar en casa de la familia de él. A la madre de Albert, Paulina, no le sabrá mal, dado que no les quiere por ser hijos de Mileva. Pero sabe que Albert echará de menos los paseos con Tete y las excursiones a la montaña con Hans Albert.

Para Mileva, permanecer en Berlín ya no tiene ningún sentido. No podría quedarse, ni siquiera por el bien de los niños, si el precio es cumplir las Condiciones. Ni el impacto, ni la debilidad, ni la migraña que la invade van a impedirlo. Sobre todo después de que, tras la primera carta, ayer llegase una segunda, no menos desagradable. En ella, Albert aclaraba:

Estoy dispuesto a volver a nuestro piso porque no quiero perder a los niños ni que ellos me pierdan a mí. Ese es el único motivo. Después de todo lo que ha ocurrido, no puede haber una relación de amistad entre nosotros. Tendremos una relación comercial fiable, pero los aspectos personales deben quedar reducidos al míni-

*mo. A cambio, te prometo que me comportaré como corresponde, igual que me comportaría con cualquier extraña. Mi confianza en ti es suficiente como para mantener este tipo de relación, pero no más. Si no te ves capaz de vivir de esta manera, asumiré la inevitabilidad del divorcio.**

Mileva ha pasado la noche reflexionando sobre sus palabras. Esas condiciones amontonadas y groseras que había puesto para la vida en común eran verdaderamente humillantes. Sin embargo, tenía la impresión de que no sólo iban destinadas a ella, de que no eran del todo personales. Era como si Albert le hubiese resumido y expuesto la forma en que viven el resto de mujeres sometidas a sus esposos. Aunque no se formulan de manera tan burda, existen rígidas normas sociales de comportamiento que determinan los equilibrios de poder. En su entorno hay pocas excepciones, pocas mujeres que rompan estas normas y se independicen. Incluso en Berlín hay pocas mujeres así, como, por ejemplo, Clara.

¿Por qué Mileva había creído que era una de ellas? ¿Porque pertenecía a la primera generación de mujeres con formación académica? Ha pensado en su madre, Marija, que no tuvo la oportunidad de terminar más de cuatro cursos de primaria y, lo que es peor, a quien ni siquiera se le pasó por la cabeza que tuviese derecho a más. Ha pensado en la maestra Smilja de la escuela de Ruma, por quien había querido ser maestra ella también cuando creciese. «Mileva, te gusta leer y aprendes rápido. Sería una pena que no te formases. El conocimiento es lo único a lo que vale la pena dedicarse, lo único que nos llevamos con nosotros a la tumba», le aconsejó. Se ha acordado de que la palabra «tumba» la hizo estremecerse. Quizá por eso mismo se le quedó grabada esa conversación hasta el punto de contársela a sus padres. Su madre le respondió emocionada: «Mica,¹ tu maestra tiene razón. Yo no he podido ir más allá,

1. Diminutivo de Mileva.

pero tú sí puedes». Era la primera vez que la oía expresar su anhelo de haber estudiado, que le dejaba intuir cómo, a veces, se sentía inferior por no haberlo hecho realidad. Pero ha interrumpido esos pensamientos sobre su madre pues, justo porque ella piensa que no aprovechó su oportunidad, cuando Mileva renunció a licenciarse le dolió aún más que a su padre.

Años más tarde, cuando se matriculó en Física en la Politécnica de Zúrich, estaba agradecida a su maestra y también a su padre, Miloš, que la había enviado al instituto e incluso logró inscribirla en Física en la prestigiosa Escuela Real de Zagreb, reservada a alumnos varones. Mileva aún recuerda sus miradas de asombro cuando entró en el laboratorio de la escuela. En la cálida noche berlinesa, se ha estremecido al recordar su soledad mientras escuchaba las lecciones sentada aparte del grupo de chicos. A veces soñaba que entraba en el aula y nadie se daba la vuelta, porque para ellos era invisible. Probaba a decirles algo, gritaba, lloraba. Pero nadie la oía.

Necesitó una gran entereza de ánimo para asistir a cada clase, para no abandonar. Practicaba la indiferencia. Le interesaba demasiado la física como para ceder por culpa de quienes eran inferiores a ella, de mediocres que se comportaban como si fuesen omnipotentes sólo porque habían nacido hombres. Y eso que, a diferencia de ellos, Mileva había quedado exenta de pagar las tasas académicas por sus brillantes notas.

Luego había sentido orgullo por ser la única mujer que estudiaba Matemáticas y Física Teórica en su curso y una de las pocas en toda Europa. ¿Qué la había llevado a su situación actual, sin título, sin trabajo y, en realidad, sin esposo? ¿Acaso sus hijos habían tenido la culpa? ¿Hans Albert, que ya iba a la escuela, y el pequeño Tete, que la abrazaba dormido? ¿Sus hijos habían sido la excusa para dejar pasar la oportunidad de terminar los estudios y buscar un trabajo? Sí, sabía que lo habían sido. Pero no los dos pequeños que ahora se arrimaban a ella, sino la niña sobre la que nadie debía saber. Al pensar en esa primera hija a la que abandonó, esa que ninguno de sus

amigos supo que existía, Mileva ha sentido que se ahogaba, como si lo que le sucedía ahora fuese un castigo por aquello.

El segundo mensaje de Albert que Fritz le había traído un poco más tarde esa misma noche le había parecido más personal y, por ello, más crudo que el primero. En él, Albert utilizaba la palabra *extraña* y debía ser consciente de que la iba a herir más que cualquier otra. Le anunciaba que se comportaría con ella como «con cualquier otra extraña». Ni siquiera le ofrecía una relación amistosa, sino comercial. A cambio de que la mantuviese, ella tenía que encargarse de varias tareas, a saber, llevar la casa y cuidar a los niños. Como cualquier ama de casa a la que contratase a cambio de una paga mensual. ¿Acaso creía que su oferta era justa y bienintencionada? ¿O es que la ofendía a propósito porque quería librarse de ella y había encontrado una forma sencilla de ahuyentarla de su vida? Plasmada de esta manera en una hoja, su decisión parecía más real. Lo mismo le ocurre a Albert con las ideas, le parecen más claras al escribirlas. Pero se había olvidado de que una cosa son las ideas y otra las personas, de que las palabras que le había dirigido podían tener consecuencias. Es algo que le costaba entender en general. Cuando ofendía a alguien con una de sus supuestas bromas o ironías, luego se extrañaba de que esa persona se enfadase. Cuando le dijo a Helena, amiga de Mileva, que su futuro esposo era un gordinflón aburrido, no se dio cuenta de que había ofendido a ambos y luego tuvo que disculparse. Mileva no sabía si Helena se lo había perdonado jamás, aunque ella le insistió en que Albert no quería decir eso y le obligó a disculparse más veces.

Mileva ha sido su compañera de estudios. Su colaboradora. El amor de su vida. Luego su esposa y la madre de sus hijos. Y ahora la trataba de extraña. Hay algo en esta palabra que dolía bien adentro, de verdad. Incluso más que todas sus condiciones y reglas. Le conoce desde que él tenía 17 años, cuando apenas le despuntaba el bigote. Conoce la inseguridad que

oculta bajo su comportamiento irreverente y sus burlas. Era un chiquillo inadaptado y patoso que, en ella, había encontrado a una protectora. Nadie había estado nunca más próximo a Albert que ella. Ni su hermana, Maja, ni su madre, Paulina.

¿Acaso dos personas que viven juntas tanto tiempo pueden volverse extrañas la una para la otra? Puede ocurrir que ya no se entiendan, que otras personas entren en su vida y la transformen, pero no que se conviertan en perfectos extraños. «Podemos ser incluso enemigos, como ahora, pero no extraños», ha pensado Mileva mientras se movía hacia el borde de la cama para dejar más espacio a los niños.

Le ha venido a la mente la primera vez que lo vio, con sus ojos alegres y su pelo negro hecho un alboroto. Parecía un chiquillo infeliz. Sus sarcasmos y chistes no le hacían precisamente popular entre su pequeño grupo de estudiantes, pero no se los solían tener en cuenta porque era el más joven. Comparado con él, por ejemplo, Marcel Grossmann ya era un hombre hecho y derecho. Albert tampoco mostraba respeto a los profesores. Se dirigía al profesor Weber llamándole «señor» en lugar de «profesor», incluso después de que este le recordase con severidad las normas de tratamiento que regían en la Politécnica. No tomarse en serio esas normas le iba a costar caro al terminar los estudios, ya que fue uno de los motivos por los que Weber no le quiso escribir una recomendación laboral. Sin embargo, esta misma falta de respeto por los marcos establecidos le ayudó a realizar descubrimientos determinantes para la física teórica. Mileva entendía cómo funcionaba Albert e insistía en defenderle. Sobre todo frente a sus amigas de la pensión Engelbrecht, en la que se alojaba durante sus estudios. Era superficial e irresponsable, pero también descarado y ocurrente. Tocaba muy bien el violín y las chicas acudían con placer a escucharle, con Mileva acompañándole al piano. Su sentido musical le abría todas las puertas.

«La primera vez que me besó en esa pensión creí que había ocurrido de forma espontánea, un poco por casualidad. Esa noche interpretamos a Mozart, uno de sus compositores favoritos. Luego nos quedamos a solas, sentados con las cabezas inclinadas sobre el mismo libro. De repente se dio la vuelta y me dio un beso. Más tarde me reconoció que llevaba tiempo reuniendo el valor suficiente, buscando la ocasión para quedarnos solos. “Tocaba a Mozart sólo para ti, ¿no te diste cuenta?” dijo. Yo me callé que le veía más como a un niño que como a un hombre».

«Me temo, Albert, que has seguido siendo un niño todo este tiempo...Y ahora ya tengo bastante», piensa Mileva recogiendo las migajas de la mesa. «Algún día tendrás que responder por tus actos».

Dentro de sí, Mileva recuerda lo primero que sintió al leer las Condiciones y la misiva posterior: primero desesperación y, luego ira, desencanto, amargura... Y orgullo. Sólo el orgullo explica las dos decisiones contradictorias que ha tomado: primero, aceptar todas sus condiciones y, al cabo de poco, resolver que se marchaba de Berlín.

Ella no es como su antigua novia Marie Winteler, a la que Albert enviaba paquetes con ropa sucia sin una sola palabra ni mensaje. Marie se la devolvía planchadita y limpia junto a una carta de amor con la esperanza de mantenerle a su lado. Cuando Albert escribía cartas no a ella, sino a sus padres, la llamaba con paternalismo *querida niña** o *muchachita amada*,* aun cuando esa señorita era mayor que él, quien apenas acababa de cumplir los diecisiete. La propia Mileva también era mayor que él. Esa diferencia de cuatro años le había parecido sin importancia cuando se conocieron en el primer curso de Física y Matemáticas. Pero ahora resultaba que Albert no sólo era más joven, sino que ni siquiera había madurado. Madurar significa asumir la responsabilidad por tus actos y él lo evitaba.